

le sirve como acicate para reflexionar, en uno de los ensayos más logrados del conjunto, sobre dos experiencias formativas de las que se siente deudor: Nietzsche y Dostoievski, ambos relacionados en el texto por la presencia que Mann constata de dos temas fundamentales del filósofo alemán en la obra de Dostoievski: la idea del «superhombre» y la del «eterno retorno». Y también a raíz del papel extraordinario que juega Dostoievski en la vida del filósofo alemán, que le consideraba «su gran maestro» y el más profundo psicólogo de la literatura universal: «Cuando le leemos –dicen– nos asustamos a veces de su omnisciencia, de esa capacidad para penetrar en una conciencia ajena. En su obra nos encontramos con nuestros propios pensamientos secretos, que no confesaríamos jamás a un amigo, y ni siquiera a nosotros mismos».

Casi podríamos decir que extasiado ante su energía, su tonelaje, «su vejez mayestática», Goethe es el tema de uno de los textos más admirativos, entusiastas y, quizá por ese motivo, anacrónicos del conjunto. Mann se adentra en la vida interior de su gran maestro trazando una especie de autobiografía espiritual de la que, pese al entusiasmo, no pierde el control, lo mantiene todo atado y bien atado desde un punto de vista estilístico, como en el resto de los textos. A continuación, un emocionado recorrido por el talante de Chéjov y el reflejo de

su sensibilidad moral y crítica en su obra, trae a la mente, por su manera de acercarse al autor ruso, el reciente *Por qué nos gusta tanto Chéjov* del norteamericano Richard Ford como prólogo a su edición de los cuentos «imprescindibles» del autor de *La dama del perrito*.

De entre estos textos y otros que parecen menos logrados, bien por una mera cuestión de espacio disponible como los dedicados a Schiller, Strindberg, Zola, o debido a la abstracción teórica que no aporta nada nuevo como en *El arte de la novela*, merece mención aparte «Viaje por mar con *Don Quijote*», la joya del volumen. La lectura de este texto justifica por sí misma un acercamiento al volumen. Se trata de un texto híbrido, a medio camino entre el diario personal, el ensayo y las anotaciones de lectura. Escrito desde la perspectiva de presente en el barco que le traslada en 1934 junto a su esposa a Estados Unidos huyendo de la llegada de los nazis al poder, Mann, estableciendo desde el párrafo inicial un *tempo* narrativo *andante* que se atiene a la «dignidad objetiva de la lentitud», anota en su cuaderno las impresiones que le produce ese primer viaje por el Atlántico, el resto de viajeros con los que coincide en el comedor, la tranquila vida cotidiana a bordo en primera clase y las impresiones de su lectura de viaje. El *Quijote* en cuatro pequeños tomos de tela color naranja. El mar y la vastedad de Castilla, ambos

espacios abiertos se encuentran en una hamaca en cubierta, sobre una manta: «Lo bueno necesita tiempo. Y también lo grande, dicho de otra manera: el espacio necesita su tiempo».

**Jaime Priede**

## La ficción de la ficción\*

El 3.1.2003, la agencia de prensa alemana DPA informó que el tercer libro de mayor venta en el país era «la novela *Vivir para contarla* del Premio Nóbel colombiano Gabriel García Márquez». Me eché a reír al leerlo porque sentí que en ese gazaipo se ocultaba una verdad desvalida. Y antes de meterme en harina empezaré por confesar que este libro ya lo había leído en octubre del año pasado, recién salido de las prensas colombianas, sin sospechar que el viernes 13 de diciembre me alcanzaría la petición de reseñarlo. Lo malo es que no sólo lo había

leído sino que además había comentado, a todos cuantos me preguntaron por él, que estaba decepcionado por su lectura. Algo así como «Éste no es mi Gabo, que me lo han cambiado». Para mi alivio, la opinión de todos mis interlocutores, todos, coincidía con la propia. Tanto es así que ya tenía acuñada una frase lapidaria: «Triste es decirlo de un libro, y más si es de García Márquez, pero éste es uno de aquellos que no puede sino ganar con una buena traducción».

Ahora bien: enfrentado a la tarea de reseñarlo no me quedaba otra alternativa honesta que la de volverlo a leer de cabo a rabo, bolígrafo en ristre y fichas a mano. No estoy para nada arrepentido de haberlo hecho, para nada, pues ahora, una vez releído el libro, y reflexionando a fondo sobre las impresiones de mi primea lectura, llego por último a la humilde conclusión de que nuestro desencanto es culpa única y exclusivamente nuestra y no del autor. ¿Por qué? Porque habíamos depositado, todos, demasiadas expectativas en él. Porque nos hemos dejado contagiar por el síndrome del récord: cada vez más alto, más lejos, más rápido.

Y a propósito de plusmarcas: tengo para mí que uno de los motivos de la decepción que provoca *Vivir para contarla* es que a veces (demasiadas veces) se tiene la impresión de estar leyendo un bastante peculiar *Guinness Book of Records*. Pruebas al canto: «en un

\* *Vivir para contarla*, memorias de Gabriel García Márquez (Norma, Bogotá 2002)

\* Las citas literales se hacen por la primera edición colombiana, cuya paginación seguramente difiere de las publicadas en otros países.

instante tomé conciencia de mi cuerpo con una clarividencia de los instintos que nunca más volví a sentir» (88), «fueron los diez minutos más impresionantes que habría de recordar en mi vida» (114), «nunca con tanta convicción como aquel día» (123), «con un atrevimiento del que nunca volvería a ser capaz en una encrucijada de vida o muerte» (141), «me abrió los brazos con la voz más cariñosa de que tengo memoria» (152), «fue el azar menos posible y uno de los más afortunados de mi vida» (223), «con quien perdí la cabeza en la parranda más fragorosa de mi vida» (281), «nunca me animé a decirle que quizás nuestra conversación me había resuelto la vida» (299), «vi al hombre más extraño que había de ver jamás» (408), «el hombre más altivo y enamorado que existió jamás» (457), «pocas veces en mi vida he contestado algo tan cerca de la verdad» (481), «en El Espectador (...) consumí la mayor cantidad de papel de mi vida en menos de dos años» (514), y un largo etcétera que acaso tenga que ver, para decirlo con sus propias palabras, con «mi defecto incorregible de no medir a tiempo mis adjetivos» (494), juicio que se completa decisivamente con esta otra sabia observación personal: «no pude evitar mi desgracia de reducir a una frase irreversible lo que no soy capaz de explicar: –Es lo más grande que me ha sucedido en la vida– le dije» (124). Como lecto-

res, acabamos anonadados por el incansable recurso al superlativo.

Otro de los motivos del desencanto puede ser que notamos una notable pérdida de claridad expositiva en momentos tales como el principio del segundo capítulo, donde hay que esperar a la palabra «muertos», en la vigésima línea, para entender que está hablando de la matanza de la bananera (79); o en el tragicómico episodio del reportaje al futbolista Berascochea porque en ningún momento nos aclara que la larga conversación con él sólo sucedió en su imaginación (146/147); o en el de la rehabilitación ante su padre si resulta que al padre nadie le explica que el héroe del concurso radiofónico fue Gabito (158/159); o cuando leemos que un golpe de intuición que tuvo en la edad madura le enseñó a vivir en la comunidad colegial donde hizo el bachillerato (228/229); o en las repeticiones innecesarias sobre la manera de agruparse los alumnos en el colegio (226) y al hablar de la quema de los cuentos de Germán Vargas (450). Sumemos a ello que hay alguna página donde nos vemos confrontados a un salto cronológico mortal, y sin red ni colchoneta, que no se entiende si no se conoce muy a fondo la historia de Colombia (255), y añadamos la involuntaria sonrisa que nos aflora a los labios si leemos esto: «Soy muy sensible a la debilidad de una frase en la que dos *palabras cercanas* rimen entre sí, aun-

que sea en rima *vocálica*, y prefiero no *publicarla* mientras no la tenga resuelta» (420, con cursivas de quien esto escribe). Y por si fuera poco, los innumerables y excesivamente coquetos guiños de complicidad hacia su «ortografía de holandés» (442), como él la llama, y que acaban por conseguir un efecto contrario al que quizás perseguían.

Y aún queda tela cortada para cierta cuota de escepticismo si registramos que GGM se acuerda de cuando andaba con los pañales llenos de caca, asegurándonos que «por la forma como perdura en mi memoria creo que fue mi primera vivencia de escritor» (48), y que cuando la prima Sara no le deja hojear los cuentos de Calleja, también en la infancia, «fue mi primera y amarga frustración de escritor» (47), y que cuando supo del duelo en que su abuelo mató a un hombre, «fue el primer caso de la vida real que me revolvió los instintos de escritor» (50), y que cuando muere el Belga y Gabito dice que el Belga ya no volverá a jugar al ajedrez, «aquella frase tan simple fue mi primer éxito literario» (115), y que cuando adolescente, al mudarse a Sincé con su familia, creía «sin duda alguna, que en ese momento era ya un escritor de escuela primaria al que sólo le faltaba aprender a escribir» (121), mientras que a los 18 años «los años volaban y no tenía ni la mínima idea de lo que iba a hacer de mi vida» (265), lo cual sólo sirve

para corroborar algo que le dijo su hermano siendo niño: «Lo primero que un escritor debe escribir son sus memorias, cuando todavía se acuerda de todo» (480).

Gracias a lo cual se produce una atmósfera como de absolución general: «todavía hoy sigue siendo uno de mis falsos recuerdos» (76), «ahora que conozco Riohacha no consigo visualizarla como es, sino como la había construido piedra por piedra en mi imaginación» (76), «las cosas que contaba les parecían tan enormes que las creían mentiras, sin pensar que la mayoría eran ciertas de otro modo» (101) «había que estar allí para creerlo» (215), «he terminado por creerle más al olvido que a la memoria» (391) pero «me consuela, sin embargo, que alguna vez la historia oral podría ser mejor que la escrita, y sin saberlo estemos inventando un nuevo género que ya le hace falta a la literatura: la ficción de la ficción» (428). Y esa atmósfera llega a hacerse en ocasiones irrespirable por la contumacia en el uso de los ritornellos «hoy pienso que», «años después», «hoy me doy cuenta», «desde entonces», «todavía me sorprende», etc.

Frente a este alud de motivos para la decepción, las erratas pasan casi tan desapercibidas como algún que otro pleonasma —«un refugio de paz en el ojo del huracán» (430)—, o el hecho de que nos rebauticen a Jean Delannoy como Jean Dellanoi (523), o se nos diga que el legenda-